

estaba ya curado, pues que quería levantarse y andar, y con una impía falta de fe se lo impedi.» Y cuando entró su marido le dijo: «Tú ves bien que no está muerto; la Virgen santa le ha salvado.»

La buena vecina que la antevíspera había preparado la mortaja de Justino no podía dar crédito á sus ojos. Le miraba y volvía á mirarle, creyendo soñar. «¡Es él, él en verdad! exclamaba. ¡Pobre Justino!» Arrodilláronse todos, y la madre juntó las manecitas de su hijo, á fin de que diese también gracias á la Madre de Dios.

Actualmente Justino es un muchacho de trece años, alto y robusto, sin que desde su curación haya recaído. «Es un buen mozo, me decía en el mes de Abril de 1870 el venerable Párroco de Lourdes; es un buen muchacho, algo atolondrado, pero de buen corazón y que ama mucho á la Virgen.»

Este milagro produjo en Lourdes y toda su comarca un efecto prodigioso. Tres médicos de fama certificaron su realidad. En su concepto tres circunstancias calificaban esta curación de milagro propiamente dicho, milagro de primer orden: primeramente la duración de la inmersión del niño moribundo en el agua helada; después su efecto inmediato y que no tiene relación alguna con las reacciones causadas por las lociones ordinarias de agua fría; y por último la facultad de andar manifestada desde que el niño hubo salido de la cuna.

«La madre, decía la relación de uno de los médi-

cos, ha tenido á su hijo durante más de un cuarto de hora en el agua de la fuente; y por consiguiente ha buscado la curación de su hijo en procedimientos absolutamente condenados por la experiencia y por la razón médica, habiéndola sin embargo obtenido inmediatamente. La curación del niño ha tenido lugar sin convalecencia y de una manera sobrenatural.»

Así es como la Santísima Virgen quiso coronar «su quincena.» Desde entonces quedó establecida la peregrinación, y un manantial de gracias, salido del Corazón de María más bien que de las grietas de la roca, manó fecundo y consolador para no agotarse jamás.

## XIX

**Ridículos esfuerzos de la policía para "ahogar el fanatismo y la superstición"**

La policía y la administración rivalizaron en celo contra la obra de Dios, contra la Virgen Santísima y contra la nueva peregrinación que tantos prodigios acababan de inaugurar.

A la milagrosa curación de Luis Bourriette, á la más conmovedora aún del niño Justino, venían á unirse cada día, por decirlo así, un número considerable de otras curaciones repentinas y evidentemente so-

brenaturales. En Lourdes mismo el restaurador Blas Maumus había visto desaparecer instantáneamente y disolverse un enorme lobanillo que tenía en la articulación del puño. La viuda Crozat, hacía veinte años sorda como una tapia, había recobrado repentinamente el oído haciendo uso del agua milagrosa. Augusto Bordes, cojo desde mucho tiempo de resultas de un accidente, había visto enderezarse instantáneamente su pierna y recobrar su vigor y forma natural. Estas personas y otras muchas eran de la población y conocidas de todo el mundo, y cada uno podía tocar con el dedo la evidencia del milagro.

El diablo, la policía, la administración, no podían tolerar semejante orden de cosas. Dirigiéronse en primer lugar, y esto es muy sencillo, contra la inocente niña que la Virgen había elegido para dar origen á la peregrinación. Merced á la protección divina y gracias también al buen Párroco Peyramale, Bernardica había escapado á la tempestad. No era posible emprenderlas contra el poder invisible que obraba en la gruta y causaba «el escándalo.» Se resolvió, pues, dirigirse contra la misma gruta, contra la roca de Massabielle, contra la fuente; y no pudiendo coger al pájaro, se quiso á lo menos herir á la jaula. Para tan hermosa hazaña el diablo escogió al prefecto con su burocracia y su administración.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> El prefecto es en Francia lo que en España el gobernador civil de provincia. (N. d. l. T.)

El prefecto de Tarbes era entonces un hombre de honradas intenciones, cristiano práctico, pero cristiano de agua dulce; como los hay en todas las regiones gubernamentales. Estos hombres, sin negar en teoría el milagro, lo rechazan absolutamente en la práctica. Para ellos todo lo que semeja á lo sobrenatural es quimera ó superchería; su pequeño nivel religioso es la regla perfecta encima de la cual no puede haber más que fanatismo y superstición; para ellos un milagro, y en el siglo XIX, es un escándalo.

Con tales sentimientos piadosos, fortalecidos por las relaciones de la inteligente policía de que hemos hablado más arriba, el entendido prefecto quería á toda costa hacer cesar las afluencias populares, que consideraba como «un peligro para el orden,» como capaces «de turbar las conciencias» y de perjudicar «los verdaderos intereses de la Religión.»

Corroboró su prudencia con la eminente del ministro de Cultos entonces reinante, el ilustre y devoto Mr. Rouland, y alumbrado por esta luz superior, su luz obró con todas las apariencias de infalible. Decidió que los milagros de Lourdes no eran una realidad, y obró en consecuencia. ¡Pobres espíritus estos! Llenos de sí mismos, soberbios, combaten á Dios con una buena fe trastornadora, y cometen verdaderos crímenes con sus honradas intenciones de que está empedrado el infierno. Son todos de la raza de Pilatos.

El prefecto quiso emplear un remedio radio.comis

impedir que afluyese á la gruta la muchedumbre. Algunas semanas después de la quincena milagrosa, reunió todos los alcaldes del país, y en un sermón administrativo, lleno de fuerza y de unción, les hizo comprender que todo lo que en la gruta pasaba era ridículo, que esta superstición deshonoraba al país, que lo blanco era negro, y que de buen grado ó á la fuerza era necesario que todo esto acabase. En su consecuencia y desde las alturas de su infalible autoridad excomulgó á la gruta, ordenó á su comisario de policía, que quitase todos los objetos de piedad que la «superstición» había depositado en ella, y que persiguiese como alienados ó propagadores de falsas noticias á cuantos hablasen de milagros, apariciones, etc.

Esta orden nada detuvo. Indignó y contristó á la multitud de peregrinos, que continuó afluyendo piadosamente á las Rocas de Massabielle. El comisario de policía, á quien hemos visto ya ocupado en el asunto, se creyó en el deber de consumir el despojo de la gruta, pero en vista de la gran cantidad de objetos que debían quitarse, necesitaba una carreta ó una acémila. Acompañado de algunos guardias municipales, se dirigió á un maestro de posta. «No presto mis caballos para semejantes cosas, respondió éste enérgicamente. No quiero sonar para nada en lo que va á hacerse. Instruid diligencias contra mí, si os conviene: yo no presto mis caballos.»

El comisario fué sucesivamente á llamar á la puer-

ta de todas las posadas, de todos los alquiladores de carruajes: en todas partes obtuvo la misma negativa, la misma indignación no disimulada. Veíasele ir y venir por las calles, seguido de sus agentes, confuso y conteniendo su cólera. En vano ofrecía hasta treinta francos por una carrera de menos de un cuarto de legua. Una mujer codiciosa le alquiló al fin un caballo y carruaje, con gran indignación de todos los habitantes.

No paró aquí la cosa: una vez en la gruta, era preciso efectuar el despojo; pero la sacrilega operación tropezaba con las dificultades del terreno, y más aún con la actitud más y más amenazadora de la población entera que había acudido á las Rocas de Massabielle.

El ejecutor de las altas órdenes del prefecto empezó por la plata y las alhajas ofrecidas á la Virgen Santísima, y que el más resuelto bandido no se había atrevido á tocar hasta entonces. Después arrebató los ramilletes é hizo ademán de echarlos al torrente; pero le detuvo un significativo murmullo de la muchedumbre. Sus movimientos tenían algo de convulsivos; y á fin de apresurar la tarea llamó en su ayuda á un muchacho que allí se encontraba. «Toma, le dijo, presentándole un cuadro, lleva esto á la carrera.» El niño alargó maquinalmente las manos, pero un camarada le gritó en seguida: «¡Desgraciado! ¿qué vas hacer? Dios te castigará.» El muchacho retrocedió, y ninguna insistencia del comisario

pudo hacerlo mover. Los pobres guardias municipales desempeñaban su oficio con una repugnancia que no podían disimular.

Cuando estuvo despojada la gruta, el comisario quiso aún quitar una balastrada de madera que se había colocado á la entrada de la gruta por un sentimiento de religioso respeto. Necesitaba un hacha, y fué á pedirla á la carpintería del molino. Todos los obreros uno tras otro se negaron. Un poco más lejos, un obrero que trabajaba solo, no se atrevió á resistir y dejó que le tomase el hacha. El comisario tuvo que ejecutar por sí mismo el trabajo, pues nadie quiso ayudarle. Cuando resonaron los primeros golpes del hacha, la indignación popular llegó á su colmo. Estaba cerca de allí el torrente, y sólo un minuto faltó para que no sucediese una desgracia. Comprendiólo así el culpable y se detuvo. Pálido, todo aturdido se dirigió á la multitud, y con voz alterada por el miedo, quizás también por el remordimiento, dijo que no hacía más que obedecer, y pidió por decirlo así, perdón por los actos innobles que ejecutaba. Después, consumado ya todo, regresó á Lourdes con los despojos de la Santísima Virgen.

Aquella misma tarde la multitud, para protestar contra aquella impiedad, acudió en mayor número que nunca á la santa peregrinación, y en un instante quedó la gruta llena de flores é iluminada con mil velas.

El día siguiente, por una coincidencia que á nadie

pasó desapercibida, y que consoló á los buenos é hizo reflexionar á los malos, la mujer que no se avergonzó de prestar al comisario el caballo y la carreta, se cayó de un desvan y se rompió una costilla, y al obrero que no se atrevió á negar el hacha, le aplastó los piés la caída de una viga.

Las ridículas é inícuas medidas de la policía no hicieron más que acrecentar el ardor de la gente que cada día iba á orar á la gruta. Durante el mes de Mayo fueron allí á celebrar el mes de María muchas personas piadosas; pero con gran descrédito de la policía no ocurrió el menor desorden, ni el más leve delito.

Entonces la administración prefectoral tomó un partido violento y que creyó decisivo. El 8 de Junio, en virtud de un decreto que invocaba el interés de la Religión y de la salud pública, amenazada por el uso libre é imprudente del agua que se afectaba creer mineralizada en alto grado, la policía quitó de nuevo en medio de la general indignación todos los objetos depositados en la gruta y la cerró con tablas de madera. Se privó el acercarse á ella y prohibióse formalmente el sacar agua. En lo alto de la roca, donde ahora está el ábside de la capilla, se fijó un poste con estas palabras: *Se prohíbe entrar en esta propiedad.*

Los municipales y los gendarmes daban la guardia, y sin embargo se burlaba la prohibición, descendiendo furtivamente á riesgo de ser sorprendidos. A menudo se reunían varias personas, y quedando una de ellas de centinela encima de la roca vigilan-

do la llegada de los empleados, las demás oraban en la gruta. Instruyéronse una porción de diligencias criminales, y tuvieron que comparecer ante el juez de paz pobres mujeres y obreros, por haber quebrantado la prohibición.

Estas medidas vejatorias encendieron en el pueblo una ardiente irritación, corriendo rumores amenazadores. Con todo, los más exasperados supieron contenerse sin apelar á la menor violencia. Debe contarse entre los sucesos memorables de aquel tiempo la calma con que la población obrera de Lourdes atravesó aquel período de absurda persecución. Debióse, después de la Virgen Santísima, á algunos hombres de influencia con los obreros, que supieron mantenerlos dentro de la legalidad y la paciencia; pero el honor corresponde principalmente al digno Párroco de la población, cuya enérgica palabra ejerció en su pueblo el más saludable imperio.

Cuando los peregrinos querían orar con libertad delante de la gruta bendita, tanto más amada, cuanto que la disputaba á su fe una oposición injusta y arbitraria, iban á la otra orilla, á arrodillarse sobre el césped de los prados ó sobre la arena que había quedado en seco en el cauce mismo del torrente. Como el nicho de la aparición dominaba las tablas que cerreban la entrada, dirigían desde lejos sus miradas á la excavación santificada por la Santísima Virgen, y se retiraban con el consuelo de haber podido dirigir allí sus oraciones.

Pronto el número de personas sorprendidas fué muy considerable, y en las listas de la policía figuraron nombres de extranjeros muy embarazosos. Los autores de estos procedimientos comprendieron que incurrían en ridículo y se hacían odiosos con su severidad, por otra parte impotente; por lo cual depusieron su rigor y dejaron hacer.

La prefectura dirigió también sus tiros contra el agua de la gruta. Durante la lucha entre los hombres, la Virgen no dejó de continuar sus curaciones. Aquella fuente, proclamada siempre y con mayor fuerza de voz como milagrosa, favorecía «la superstición,» y era preciso destruir tal creencia.

No pudiendo negar la realidad de las curaciones repentinas é imposibles según los recursos conocidos de la medicina, se pretendió que la fuente era una riqueza mineral, superior á la de todas las aguas de los Pirineos. Por una débil complacencia un oscuro químico del país le encontró, en efecto, propiedades curativas muy poderosas; y se publicó que Lourdes poseía una fuente termal sin igual. Poco crédito mereció la noticia y por corto tiempo; recurriéndose más adelante á otros químicos para averiguar la verdad, quienes estuvieron contestes en afirmar que el líquido que se les presentaba no contenía sustancia alguna mineral. Mr. Filhol, profesor de química en la facultad de Tolosa, después de haber analizado el agua de Massabielle por todos los medios conocidos, declaró en 7 de Agosto, en un

brillante informe, que era simplemente agua ordinaria, potable, pero sin la menor propiedad terapéutica.

Contra el infierno y contra los hombres, la causa de las apariciones fue difundida tan sólo por ella misma y por la creencia pacífica del pueblo. El clero nada hizo contra ella; más tampoco la sostuvo: obró como incrédulo en un principio. Los Curas que pudieron estar bien enterados, viendo el carácter de santidad que presentaban las visiones, entraron en una respetuosa duda; un poco más adelante prestaron dichosamente la adhesión de su alma. Un gran número empero continuaron vacilando largo tiempo.

Mas por una prudencia inexplicable actualmente para los testigos de este entusiasmo popular, que arrastraba hasta á los mismos impíos, y gracias á una disposición de la Providencia que no quiso tuviese apariencias de acción humana una obra de la Virgen Inmaculada, no se presentó jamás un solo clérigo entre la muchedumbre en todo el tiempo que duraron las apariciones.

La peregrinación de Lourdes fué pues, obra exclusiva de la Virgen; ella sola lo hizo todo. La policía fué vencida, vencidos fueron la administración y el prefecto. Una orden formal, emanada de la autoridad soberana, restituyó á la piedad de los peregrinos el libre acceso á la gruta bendita; y desde entonces no ha venido á perturbar su paz y dulzura ninguna tentativa de los humanos poderes.

Inhabilitado ya para el país el malhadado prefecto, fué nombrado para la primera prefectura vacante, y por una notable terquedad de la Providencia, fué expulsado por Nuestra Señora de Lourdes, para caer bajo la dependencia de Nuestra Señora de la Saleta: de Tarbes pasó á Grenoble. Incorregibles como son todos los católico-liberales, gubernamentales y semi-racionalistas, decía con frescura que si hubiese sido prefecto de Grenoble en 1846, hubiera puesto orden á la aparición y «á las supersticiones» de la Saleta. Algunos años después murió allí de un ataque de apoplejía, ¡Dios se haya apiadado de su alma!

El procurador imperial de Lourdes, igualmente inhabilitado, fué trasladado, lo mismo que el ilustre comisario, el cual según dicen, ha llegado á ser uno de los sabuesos más distinguidos de la alta policía.

## XX

Aparición del 25 de Marzo.—“Yo soy la Inmaculada Concepción”

Pasada la quincena, la joven Bernardica iba todos los días á la gruta. Rezaba allí el Rosario, como los demás peregrinos; sus ojos permanecían largo tiempo fijos en el fondo de la peña; pero la dulce Visión no aparecía, y sus transfiguraciones habían cesado.